

Las cuatro amenazas al periodismo de investigación



por **Sandra Romandía**

La violencia criminal no es el único peligro al que se enfrenta el periodismo mexicano. El poder autoritario, la crisis de los medios y un plan de estudios anticuado vuelven cada vez más difícil una labor que es primordial para nuestra democracia.

Nadie puede ser feliz sin participar en la felicidad pública, nadie puede ser libre sin la experiencia de la libertad pública, y nadie, finalmente, puede ser feliz o libre sin implicarse y formar parte del poder político.

Hannah Arendt

La realidad está subcontada. Mientras usted está aquí, leyendo este artículo, debajo de la línea de realidad sobre la que hacemos nuestra vida también hay grupos de poder que acuerdan transacciones para sus intereses particulares con dinero nuestro; estructuras criminales que están corrompiendo a jefes policiacos para operar; alguien está muriendo por omisiones o negligencias de quienes deberían cuidarnos; amigos de un presidente o gobernador están en alguna comida festejando los negocios inmobiliarios que han hecho bajo el amparo de la impunidad, sin importarles si sus construcciones son seguras o podrían caer después y generar muertes.

Ese telón que hay detrás del espectáculo diario de nuestra cotidianidad y nuestros asuntos personales es el que devela el periodismo de investigación. Desnudar la madeja de cables tras el metal que cubre a la maquinaria para entender por qué estamos como estamos y descubrir quiénes son los responsables es la tarea del periodista que indaga. Y, una vez que se está envenenado de ese impulso por revelar la realidad, difícilmente hay cura.

Lo que preocupa y ocupa ahora, y es por ello que escribo este texto, son las amenazas que enfrenta en nuestros días este tipo de periodismo. Como un animal en alerta por posible peligro de extinción.

El problema es que en México existen todas las condiciones de impunidad para que haya violencia hacia quienes ejercemos este oficio; el problema también es que la industria de los medios masivos de comunicación está en deterioro, los recursos son escasos y la sociedad está dejando de valorar este trabajo; y el problema además es que desde la academia tampoco existe un sostén que lo defienda.

En las dos décadas que tengo en esta profesión nunca había visto confluír estos cuatro factores de manera tan determinante. He pasado por la formación como reportera en diarios impresos, luego electrónicos, televisión tradicional y el gigante espacio digital. Del reporte de la nota diaria a la elaboración de reportajes de profundidad basados en metodología para descubrir cosas, y a la coordinación de equipos de investigación con proyectos de largo aliento. Confieso algo: cada vez es más difícil.

La amenaza de la violencia

Algo que comenzó como anécdotas “aisladas” se convirtió en episodios frecuentes desde hace poco menos de diez años. En agosto de 2013, mientras trabajaba como jefa de información en el programa de reportajes *Punto de Partida*, conducido por Denise Maerker, en Televisa, nos enfrentamos a una situación inesperada. Una de las reporteras del equipo recibió la invitación de un grupo de empresarios de Michoacán para que visitara la zona donde no había autodefensas en ese estado. Estábamos en ese periodo en el que civiles se levantaron en armas en regiones enteras.

El argumento de ellos era que no necesitaban más civiles armados para tener paz. Después de investigar a esos empresarios —que, por cierto, ya habían estado en el Senado y habían dado varias entrevistas— se decidió que era buena oportunidad conocer “el otro lado de las cosas”. Se decía que Servando Gómez, “la Tuta”, entonces líder del cártel de los Caballeros Templarios, se escondía en esas cercanías, pero no hubo ningún viso de ello en lo que llamamos “pre-reporteo” y revisión de condiciones para realizar un viaje.

La reportera y el camarógrafo acudieron al pueblo llamado Tumbiscatío y hablaron con los habitantes sobre esa relativa tranquilidad. Yo tenía, entre otras responsabilidades, el deber de monitorear a nuestro equipo mientras estaba en campo, especialmente en zonas hostiles.

El primer día transcurrió con normalidad, entre grabaciones a líderes del pueblo y dueños de los pequeños negocios, hasta que en la plaza apareció “la Tuta”. El hombre de apariencia desparpajada, vestimenta informal y caminar lento llegó entregando dinero a la gente. Luego se fue. Las imágenes quedaron en la lente de nuestro realizador y la decisión fue abandonar el sitio al otro día.

Pero en la madrugada un grupo de hombres entró al hotel donde dormía el equipo de *Punto de Partida* y tocó la puerta de la reportera. Le pidió entrevistar a “la Tuta” y, sin espacio a mediación, le dio unos minutos para que se vistiera y se subiera a la camioneta con el realizador que portaba la cámara. El misterioso grupo se los llevó por carretera hasta una zona boscosa a donde llegó “la Tuta” y dio su versión de la llamada guerra contra el narcotráfico, habló de lo que llamaba sus enemigos, lo que él consideraba su deber para ayudar a la gente y la supuesta desinformación que se

presentaba en las televisoras. En la imagen aparecía vestido de pantalón de mezclilla, sudadera negra y gorra. Detrás de él, al menos siete hombres embozados y con metrallas. ¿Qué hacer frente a criminales armados que casi obligan a entrevistar a un capo en un territorio controlado por ellos? Al considerar que no hubo igualdad de circunstancias para el equipo de periodistas se decidió no publicar esa charla (misma que, luego, la gente de “la Tuta” subió a YouTube dado que la grabaron ellos mismos también).

Por fortuna, reportera y camarógrafo pudieron regresar a Ciudad de México a salvo, pero con el temor de posibles represalias por no pasar al aire la charla con el delincuente, en ese momento uno de los más buscados por el gobierno federal. Finalmente en febrero de 2015 el líder criminal fue detenido.

El peligro que quedó descubierto con esta anécdota alertó en los años venideros del clima difuso en México entre buenos y malos, y la desconfianza o cautela que hay que tener frente a las fuentes. Si bien los periodistas estuvieron a salvo, se dejó ver el poder de un grupo criminal que, frente a la protección de la policía y la impunidad, logró subir a una camioneta con hombres armados a los reporteros, y horas antes se placeaba en un pueblo sin ser detenidos.

Es esa maldición llamada impunidad la que ha dañado tanto al gremio en estas dos décadas.

Según la organización Artículo 19, en los últimos veintidós años se han registrado 153 asesinatos de periodistas en el país, 47 en el mandato del anterior presidente Enrique Peña Nieto y 33 en el actual de Andrés Manuel López Obrador. La misma organización dio a conocer que, durante el primer semestre del año pasado, contabilizó 362 agresiones contra la prensa, de las cuales 193 fueron por coberturas de política y corrupción. La Fiscalía Especial para la Atención de Delitos cometidos contra la Libertad de Expresión (FEADLE) en México tiene registro de 3 mil 419 investigaciones por agresiones a periodistas y comunicadores en el periodo entre 2010 y 2021, de las cuales solo veintiocho casos han tenido sentencia, es decir el 1%.

En México se hostiga a un periodista, se agrede, se le secuestra o se le asesina porque sale barato. Porque es bastante improbable que los verdaderos responsables toquen la cárcel. Y es ese clima de desprotección el que se va heredando año con año en distintas regiones, como este caso que cito de Michoacán donde en 2022 han sido ultimados dos reporteros.

Aunque en México existe el Mecanismo de Protección a Periodistas, manejado por la Secretaría de Gobernación en consejo con organizaciones autónomas, no es suficiente. Este nació como presión al Estado para garantizar la integridad de los activistas y periodistas, pero es como tener vendas para las heridas generadas por agresores que no deberían existir. Según datos oficiales, al menos 510 periodistas solicitaron medidas de protección de julio de 2010

a diciembre de 2021, entre las que se encuentran rondines domiciliarios, botón de pánico, chalecos antibalas y guardias.

Si en el país hubiera un Estado de derecho y seguridad integral para todos y bajos índices de impunidad, no sería necesario ni vivir con escoltas ni atenerse a un mecanismo de protección. Hay quienes sostienen: los periodistas tienen la culpa por meterse en temas peligrosos. Pero dejar de lado esos “temas peligrosos” es una irresponsabilidad para con la sociedad dado que estaríamos dejando de retratar una parte de la realidad. Y eso no es justo para nadie.

La amenaza desde el poder

Periodistas golpeadores. Periodistas mercenarios. Periodistas “fifis”. Periodistas conservadores. Periodistas manejados por los adversarios. Periodistas con intereses... y la lista podría continuar. Para alguien que no conozca el contexto mexicano y lea esta descripción le parecería difícil concebir que todas estas expresiones han sido pronunciadas por el presidente hacia la prensa, una y otra vez, desde hace tres años, en sus conferencias matutinas.

En el Twitter Space organizado el pasado 10 de febrero por @SocCivilMx para hablar de las agresiones verbales e invasión a la privacidad hacia el periodista Carlos Loret de Mola —quien difundió el reportaje que muestra los lujos con los que vive el hijo del presidente—, destacué el riesgo de que estos señalamientos queden también marcados en las nuevas generaciones de periodistas en formación. Los medios de comunicación dedicados al periodismo de investigación no consiguen becarios porque estos temen ser agredidos.

Recientemente viví una situación en la que una egresada de la universidad se desempeñaba como aprendiz en el equipo que dirijo, pero de un día a otro renunció a su trabajo por temor a que le pasara algo o la acosaran desde el poder político por “sacar los trapos al sol” de los políticos. Es decir, estas agresiones verbales desde presidencia pueden afectar a los próximos periodistas que ven cómo la hostilidad se vuelve el terreno de vida en este oficio.

Y el desprecio, la denostación y el linchamiento que ha mostrado López Obrador hacia quienes ejercemos este oficio han ido en curva ascendente, al grado que desde junio de 2021 lanzó una sección llamada “Quién es quién en las mentiras”, en un supuesto ejercicio de “derecho de réplica” sobre notas o reportajes en el que, más que mostrar evidencias de lo contrario a lo que se publicó, el gobierno simplemente niega todo y critica a quienes publicaron. Evitar dar señales de debilidad es señal de debilidad, escribió el ensayista Nassim Nicholas Taleb.

Una vez más: el riesgo es que el ataque se va contra el mensajero en lugar de atender el mensaje.

En mi caso he sido expuesta personalmente, con fotografía y nombre, en la pantalla de la conferencia para señalarme como integrante de una supuesta red de periodistas que

son pagados para retuitear *fake news* contra Presidencia. Algo totalmente falso. La investigación que hemos dado a conocer en el portal Emeequis sobre el fraude de los ventiladores para pacientes covid, supuestamente creación de Conacyt con sobrecostos e inservibles, también fue descalificada desde la tribuna de Palacio Nacional. Solo negaciones y nada de evidencia, y, por supuesto, descalificaciones a nuestro medio de comunicación. Lo mismo ha hecho con otras investigaciones basadas en datos oficiales, documentos y testimonios con nombre y apellido. Para el presidente no es importante atender los casos de corrupción o incompetencia expuestos, para él ha sido más urgente lanzar una estaca contra el equipo que se atrevió a indagar y dar a conocer esa realidad.

Lo que quiero destacar con esto es que al final la denostación de boca del líder máximo político de un país sí importa. Las palabras tienen peso. Y ese peso puede generar acciones contra un gremio de por sí amenazado por el crimen y la impunidad. La tolerancia a la crítica es mínima. En octubre del año pasado, cuando asumí la dirección de Emeequis, publiqué un reportaje en coautoría con mi colega Santiago Alamilla, en el que demostramos cómo los eventos de Presidencia se estaban facturando en millones de pesos a empresas visiblemente fantasmas y cuyos prestanombres estaban vinculados a Morena. El reportaje titulado “El checador detrás de las empresas fantasma de los eventos de AMLO” duró apenas unas horas en nuestro sitio web emeequis.com, cuando de pronto la plataforma sufrió un ataque y dejó de funcionar. Un *hacker* logró borrar nuestra información y tumbar la publicación, así como demás archivos anteriores. Aunque pudimos recuperarnos en unas horas, quedó demostrado que la revelación incomodó al grado de que se contrataron criminales cibernéticos para callarnos. Ya decía Voltaire que “es peligroso tener razón cuando el gobierno está equivocado”.

Hace unas semanas López Obrador señaló en su conferencia que no estaba de acuerdo con el periodismo que se basaba en señalar lo malo, que el periodismo bueno es el que hace propuestas, no el que habla de lo que está mal hecho. El problema de esa postura, que refleja una posición oficial sobre esta profesión, es que se olvida que el periodista no es un activista. Al periodista le toca, le guste o no, fiscalizar al poder, es ese “perro guardián” que vela por los intereses de la comunidad para no permitir que se vayan hacia los particulares.

Y aunque la sociedad organizada ha tenido logros, como un sistema de acceso a la información pública y la constitución de organismos autónomos como el INAI (Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales), se debe señalar que en este sexenio las quejas por falta de transparencia han subido 3000%, al comparar la primera mitad del sexenio de AMLO con el mismo periodo de Peña Nieto: 54 mil 570 contra 7 mil 340.

Hay una tendencia a esconder datos en esta administración federal que también amenaza al quehacer periodístico, además de un constante hostigamiento hacia estos organismos que velan por que tengamos acceso a expedientes e información que debería ser pública, porque no es del gobierno, es de todos.

Así lo destacó en un artículo publicado en la web de *Letras Libres* la periodista Galia García Palafox: el periodismo es la literatura de la vida cívica, según la cual la función del periodista es contar el mundo mientras la historia sucede y ayudar a los lectores a comprenderlo. “Si usted ve el fraude y no dice fraude, usted es un fraude”, diría Nassim Nicholas Taleb en *Antifragile*. Pero, lamentablemente, si los sujetos obligados esconden la información y el líder político de una nación denuesta y ataca periodistas, difícilmente se podrá lograr.

La amenaza de la crisis en la industria

El periodismo y los medios de comunicación enfrentan un ambiente adverso en temas económicos a nivel global. Sin embargo, el panorama latinoamericano es aún más complejo. En una sociedad que no está acostumbrada a pagar por lo que lee (solo el 17% ha pagado por contenidos noticiosos según el Digital News Report 2020) los ingresos son cada vez más difíciles de obtener.

En México los medios apostaron durante décadas por un modelo de negocio, hoy caduco, que dependía de los convenios de publicidad y propaganda con el gobierno en turno, lo que también limitó la libertad de expresión. En los últimos años el presupuesto para publicidad oficial es cada vez menor, y el número de medios cada vez mayor, gracias a la posibilidad que el mundo virtual ofrece para abrir nuevos proyectos nativos digitales.

El pastel, antes liderado por unos cuantos periódicos, televisoras y radiodifusoras, ahora está hiperfragmentado al grado de que a algunos les tocan apenas rebanadas del tamaño de un jamón. Todos pelean por audiencias, todos pelean por posicionarse en redes sociales, todos pelean por ser los más vistos, lo cierto es que ya nadie es el rey. El internet es el rey, pero nadie quiere pagar por él.

Esto ha generado que las ganancias incluso por publicidad sean menores porque las audiencias están repartidas entre *influencers*, pequeños proyectos digitales, grandes medios tradicionales y periodistas independientes.

Un estudio publicado este mes por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en el que participaron 350 medios de veintitrés países reveló que el 45% de los proyectos registraron caídas en ingresos por publicidad, el 44% no sabe cómo monetizar su contenido y el 43% no tiene recursos para invertir. También arrojó que el 24% de los encuestados ve posible que sus empresas cierren pronto ante este panorama económico adverso. Sin duda, esto se refleja en los salarios a los reporteros, editores y demás integrantes



del equipo, a quienes la sociedad exige compromiso, riesgo y responsabilidad, pero tienen apenas unos pesos para alimentar a sus familias.

El discurso desde Presidencia de que los periodistas ganan más que el presidente es totalmente falso, si acaso existen excepciones de comunicadores con fama y trayectoria, sobre todo en medios electrónicos, el grueso de la tropa percibe salarios injustos para lo que hacen. Y he ahí el dilema: el huevo o la gallina. O se invierte más en ellos, aunque la mayoría de las empresas no cuentan con el dinero—la mayoría, he dicho, pues algunas sí y de manera mezquina lo esconden— para generar mejores contenidos, o se mantiene la tendencia de la reducción de salarios y presupuestos para proyectos de investigación y coberturas.

Lo cierto es que no existe un modelo de negocio exitoso que contrarreste esta picada económica en la que se encuentra inmersa el periodismo. En ese mismo estudio, el 49% de los entrevistados dijo que su medio cuenta con lectores leales, pero esa lealtad no se ve reflejada en suscripciones o donativos. En México, el lanzamiento de la plataforma Opinión 51 (opinion51.com), de la que soy cofundadora a invitación de Pamela Cerdeira y Stephanie Lewis, ha sido un parteaguas en cuanto a un caso de sostenibilidad como modelo de negocio gracias al apoyo de suscriptoras y suscriptores. Este medio que reúne 103 plumas brillantes de mano de mujeres expertas en sus sectores está registrando un crecimiento sostenido a seis años de su lanzamiento, quizás porque el nicho y objetivo social es muy claro: dar espacio a las mujeres especialistas en sus ámbitos—periodistas, académicas, difusoras culturales— para que den su opinión en temas diversos que atañen a la conversación pública nacional.

Pero, y lo escribo con tristeza, en realidad son escasos los proyectos que no registran números rojos y que han podido sostenerse con independencia y apoyo de la audiencia. Según el estudio Digital News Report 2020, los consumidores mexicanos confían menos en medios de comunicación, con el 39% de la confianza, once puntos menos con respecto al año pasado, debido a una polarización política en el país, según Reuters Institute.

Y la realidad es que si queremos un periodismo independiente, más alejado del poder y más cercano a los ciudadanos, estos mismos son quienes deberían apoyarlo e impulsarlo. No hay democracia sin buen periodismo y no hay periodismo sin democracia.

La amenaza de una academia poco unida y desactualizada

En México, de acuerdo con el Instituto Mexicano para la Competitividad, hay más de 300 mil personas graduadas en comunicación y periodismo y aproximadamente 73 mil estudiantes inscritos en la disciplina. La profesión está en el puesto 17º entre las carreras con mayor cantidad de

personas matriculadas. Alrededor de quinientas instituciones educativas de México imparten la carrera. Sin embargo, solo el 17.2% de los egresados está en medios de comunicación. No hay datos de cuántos periodistas de investigación hay en México.

Revisando el plan de estudios de la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, la única institución educativa especializada en la materia en la capital del país y de la que han surgido importantes periodistas, encontré que las asignaturas aún se dividen en los formatos tradicionales (radio, prensa escrita, televisión) y no hay nada sobre análisis de audiencias en redes sociales o plataformas digitales, menos en estrategias de impacto en la conversación digital de los temas que publican los medios.

Es decir: el periodismo de investigación, para que sea relevante y llegue a las audiencias, debe ir acompañado por estrategias de difusión que incluyan todos los canales: televisión, video, texto en digital, animaciones, ilustraciones, *podcasts*... Hace mucho que en la vida real el periodismo no se divide por canal de distribución, sino por si es relevante o no la historia que se cuenta y cómo se cuenta, con qué medios se hace alianza para su difusión, qué *hashtags* se preparan y con qué estrategia de horario, lenguaje y campaña en *social media*, entre otros factores que abonan a que realmente se consuma una noticia o reportaje.

Mientras las universidades tardan tanto en actualizar sus planes de estudio y exista una ausencia de bibliografía—algunos maestros con los que platicué me refirieron que aún se basan en el icónico libro *Manual de periodismo* de Carlos Marín y Vicente Leñero, editado en 1986— difícilmente se avanzará en este polo de la academia.

Aparte del Premio Nacional de Periodismo que, por fortuna, es dictaminado por una red de universidades de México que analizan y votan por lo mejor publicado en un año, no existen colegios u organizaciones que realmente estén unidos y hayan salido a levantar la voz para que el buen periodismo, y especialmente el periodismo de investigación, sea apoyado, fondeado e inculcado con herramientas actualizadas.

No veo que las universidades estén preocupadas por el ambiente hostil de violencia, acoso, denostación presidencial y crisis económica que enfrenta el periodismo. Nadie en México está hablando de ello. Y, nos duela, nos guste o no, la realidad está subcontada. Si desde estos cuatro polos no se hace algo, en unión y alianza, seguiremos remando sobre aguas desconocidas que otros nos quieren ocultar para su beneficio propio y contra el bienestar colectivo. Y esa sí será una tragedia mayor para la vida pública. —

SANDRA ROMANDÍA es periodista de investigación. Es coautora del libro *Narco CDMX. El monstruo que nadie quiere ver* (Grijalbo, 2019), al lado de Antonio Nieto y David Fuentes, y directora editorial de *Emeequis* y *Opinión 51*.